



## 300 (los de Miller-Snyder y los de Heródoto)

José Luis Bellón Aguilera

99

Director: Zack Snyder. Guión: Zack Snyder y Kurt Johnstad. Basada en la novela gráfica de Frank Miller, 300 (1998).

Reparto: *Rey Leónidas:* Gerard Butler. *Reina Gorgo:* Lena Headey. *Theron:* Dominic West. *Dilios:* David Wenham. *Capitán:* Vincent Regan. *Stelios:* Michael Fassbender. *Astinos:* Tom Wisdom. *Daxos:* Andrew Pleavin. *Efialtes:* Andrew Tiernan. *Jerjes:* Rodrigo Santoro. *Pleistarchos:* Giovanni Cimmino. *Lealista:* Stephen McHattie. *Niña oráculo:* Kelly Craig.

Zack Snyder (nacido en 1966) también dirigió *Dawn of the Dead* (2004), versión macabra, espectacular y quasimódica de *Dawn of the Dead* (1979), de George A. Romero; en ambos filmes una enfermera, un policía, un delincuente y otros escapan de una plaga de zombies refugiándose en un hipermercado. La película es espectáculo y estereotipo, con situaciones banalizadas de este tipo de productos; lo más curioso es que la plaga es global.

En general, la mayor parte de las críticas de *300* la describen como un pastiche racista, «Hollywood al servicio de la guerra contra Irán» y película de «choque de civilizaciones». Hay otras lecturas: el teórico psicoanalista esloveno Slavoj Žižek mantiene que hay que defender a la película de acusaciones que no ven el potencial emancipatorio de su narrativa: un puñado de hombres que luchan contra la invasión de una superpotencia y se dejan la piel sin doblegarse al Imperio.

En el 480 a. C., durante la segunda guerra médica, tuvo lugar una batalla entre griegos y persas en el entonces angostísimo paso de las Termópilas. *300* narra los acontecimientos previos y la batalla misma y el sacrificio épico de los 300 espartanos, la guardia personal de su rey Leónidas, que afrontaron la muerte en un esfuerzo desesperado y heroico por detener temporalmente la invasión persa y dar tiempo a los griegos a reorganizarse. Más que en la «historia real», la película se inspira en el cómic de Miller, quien a su vez se inspiró en *The 300 Spartans* («El león de Esparta», 1962, dir. Rudolph Maté), donde los espartanos también llevan capas rojas, Jerjes es un blanco con barba y tiara y Efialtes no es un monstruo deforme y traidor, sino un muchacho encantador y atlético con una novia espartana que parece sacada de un robusto equipo de atletismo femenino de la época. Tanto el cómic como la película de Maté y la versión Snyder son muy parecidas, incluida la lluvia de flechas del final que acaba con



«La escena en que un rinoceronte persa ataca las filas griegas y es tumbado con una lanza, ¿no es la de un vietnamita derribando un caza norteamericano con una flecha?»

los últimos espartanos y que Žižek compara a un «bombardeo de tecno-soldados que operan armas sofisticadas desde una distancia segura, como soldados americanos desde sus barcos en el Golfo Pérsico».

Después de su aparición en *Alexander*, el fantasma oriental y bárbaro vuelve, esta vez en forma de hordas de hombres con careta de metal (algo como *cyborgs*) ansiosos por lanzarse a una sangrienta melé. Los espartanos los esperan en una falange compacta y los hacen pedazos. Todos los espartanos son blancos y hablan de democracia y los persas y esclavos de los persas son moros y negros con turbantes. No sorprende que el filme de Zack Snyder haya provocado tantos cabreos, dado este tiempo de guerras imperialistas y de demonización de los árabes. Ahora bien, ¿por qué no leerlo al revés? ¿Por qué no leerlo como la lucha de unos pocos contra un imperio monstruoso? (La escena en que un rinoceronte persa ataca las filas griegas y es tumbado con una lanza, ¿no es la de un vietnamita derribando un caza norteamericano con una flecha?)

La verdad es que si uno quiere ser exquisito ideológicamente, hoy no se puede ver casi nada. La contracultura de izquierda no tiene televisiones, ni radios, ni centros de producción de cine, y cuando algún director hace cine «de izquierdas» tiende a caer en el cliché elitista, el cine para intelectuales y progres políticamente correctos con el que uno se aburre como una ostra (por cierto que aburrirse en estas profundidades no es permitido). Habría que pensar en un cine de masas que sea cañero sin caer en el bodrio.

Por otro lado, quizás haya que apropiarse de los productos simbólicos produciendo un discurso ideológicamente sesgado; pensar qué fantasmas se invocan en la pantalla, más allá de las supuestas (y a menudo falsas) referencias políticas. Tal vez la paranoia dominante en el cine contemporáneo sea un modo de dar sentido a una existencia dirigida, un modo de crear ilusiones de que se puede controlar una realidad que escapa a la participación política: ¿cómo derrotar un imperio global cuando no se tiene nada?

La ambigüedad de la imagen y la historia se mezclan en *300*, si leemos racismo en el soborno del embajador de color a los ancianos espartiatas o en los turbantes continuos. Pero lo mismo se puede decir de *El Señor de los anillos*, donde Gandalf

vestido de blanco y con caballo blanco y los guerreros-blancos-guaperas se dan de leches con monstruos negros musculosos y enanos dentados de color oscuro. Y probablemente es verdad que hay mucho de las secuelas del 11-S en *300*. Algo de lo que se han empapado millones de almas inocentes y puras (mi sobrino matando enemigos en su juego de ordenador). Con todo, de nuevo, el desequilibrio absoluto entre el Imperio y los desgraciados desharrapados (esos *sans-culottes* en tanga) no deja de chocar.

En *The 300 Spartans* («El león de Esparta», 1962) Temístocles de Atenas dice lo siguiente: «Toda Asia cae sobre nosotros. Muchísimos más hombres que griegos. Hombres fieros, salvajes, sedientos de sangre, despiadados. Pero no hay razón para tenerles miedo: no es esa la fuente de su poder. Su poder reside en la unidad. ¡Unidad! Recordad esa palabra terrible que seguramente destruirá Grecia, a menos que nosotros mismos nos unamos. Una unidad de hombres libres para luchar juntos, resistir a esta marea unida de tiranía». (Que yo sepa, hasta ahora nadie ha tachado a «El león de Esparta» como una película «Al servicio de la guerra contra Irán».) Algo similar se dice en *300* en el discurso antes de la batalla de Platea, que significó el fin de la invasión persa: «¡Contra el reino de la mística y la tiranía, hacia un futuro brillante!» -parece un manifiesto de la Ilustración, con un giro comunista» -comenta Žižek, que destaca la disciplina de los perdedores, citando a Badiou: los de abajo lo único que tienen es la disciplina, frente al poder de los de arriba.

La textura y el color de *300* parece una atmósfera irreal e incluso onírica: no hay escenarios ni paisajes reales, todo es computerizado, digital. Las cargas de los soldados de Jerjes y la resistencia a lanzazos y espadaos de los bravos hoplitas en tanga recuerda algunas de las mejores escenas de películas de guerra y artes marciales. A los persas no se les ve la cara porque hay que deshumanizarlos al máximo (como los soldados imperiales de *Star Wars*) o porque, siendo esclavos del imperio, no tienen subjetividad. Tanto cuerpecito de gimnasio y capa flotando alrededor de los mini-calzoncillos pseudoespartanos convertía a la película en una especie de baile *strippers* macabramente belicoso. Pero lo que hace saltar del asiento y provoca las carcajadas es el aspecto de *drag-queen* del emperador Jerjes, la sexualidad perversa frente a la masculinidad barbuda y

**«La formación social espartana (lacedemonia) de entonces era brutal: decenas de miles de esclavos e *hilotas* mantenían a la casta militar dominante, los *espartiatas*»**

corporalmente armoniosa de Leónidas; Jerjes es demasiado grande, algo así como un adolescente gigante, lleno de *piercings* y de una sexualidad mórbida (como en su tienda en el campamento, donde todo es permitido).

En cuanto a la realidad histórica (no histórica), en 300 no hay nada de reproducción detallada del armamento espartano y persa, de cómo eran sus cuerpos y gestos, su forma de comportarse, moverse, alimentarse, peinarse; nada de falanges ordenadas ni de columnas de inmortales persas; están las frases famosas sacadas de los historiadores griegos Heródoto (484-425 a. C.), el amigo del naciente imperio ateniense, y el filo-espartano Jenofonte (431-354 a. C.), destacado mentiroso a favor de las instituciones espartanas (*Constitución de los lacedemonios*, *Agésilao*) y enemigo del pueblo libre ateniense, el *demos*. También Heródoto mentía, está claro, porque la historiografía griega era una forma de mito que ni siquiera Tucídides, el historiador de las guerras entre los griegos, pudo esquivar. Pero el asunto no es decir quién miente y quién no, en un intento de llegar a la «verdad». Nunca sabremos lo que realmente pasó en las Termópilas, mucho menos qué pensaron o dijeron antes de morir aquellos hombres que sabían que desobedecer la orden de sacrificio suponía la pena de muerte. Aquellos tipos murieron tal vez porque no les quedaba otro remedio (¿acaso dice otra cosa el epitafio del poeta Simónides de Ceos: «Viajero, di a los espartanos, / que yacemos aquí por orden de Esparta?»). La épica de los dominantes suele ser la tumba de los de abajo; en la película sucede al revés: la épica de los de abajo es la tumba de los dominantes.

La «verdadera historia» o la «historia verdadera»: en el 480 a. C. las fuerzas combinadas de Grecia, alrededor de 7.000 (300 espartanos, un número de esclavos y aliados de Arcadia, Corinto, Thespiis y Tebas), detienen el avance persa. Los persas, cuyo número se discute entre 20 mil y 5 millones, eran probablemente unos 200 mil. El estrecho entonces era angosto (unos 15 metros; hoy los depósitos del río lo han ensanchado). Temístocles de Atenas se encargó de mantener a raya a la armada persa (batalla de Artemisium). La inmolación espartana proporcionó algo de tiempo a los dudosos y siempre divididos griegos, les mostró los puntos débiles del monstruoso ejército persa y les enseñó que se les podría vencer con unidad. No se

puede olvidar, además, que para un griego la esclavitud, en caso de conquista, equivalía a la muerte. La victoria griega evitó no solo la incorporación del mundo helénico al imperio persa, sino quizás la de todo el mediterráneo. El relato de Heródoto es semi-épico, la glorificación posterior magna: «Dulce y decoroso es morir por la patria». La forma como todo esto ha sido interpretado por otras ideologías es otra historia.

La formación social espartana (lacedemonia) de entonces era brutal: decenas de miles de esclavos e *hilotas* mantenían a la casta militar dominante, los *espartiatas*. Estos vivían dedicados a las artes marciales y eran individuos que debían darlo todo por la *polis*. La cobardía y la duda se castigaban con la muerte. Žižek admira la mitificación jacobina de Esparta y el potencial emancipatorio del mito, la defensa feroz de la libertad por medio de la disciplina y la capacidad y voluntad de sacrificio, pero a pesar de ello, fuera de la Esparta de Rousseau y los jacobinos y el sueño revolucionario, es difícil olvidar a los esclavos y a los *hilotas*. Hay otras apropiaciones y mitificaciones más oscuras: Esparta, en las escuelas alemanas del siglo XIX, sirvió como un elemento más del puzzle totalitario, para dar forma imaginaria al nazismo y a la fantasía eugenésica (pensar en las escuelas de elite del Partido nazi y de las SS): esto terminó en Auschwitz. Pero sería mentir si no viéramos este sueño espartano en otras sociedades totalitarias: los grandes desfiles y eventos gimnásticos del mundo estalinista, las *Spartakiáda* (todavía en los años ochenta, las niñas de los países socialistas iban a clase de gimnasia en la escuela primaria con unas zapatillitas como de baile llamadas *spartakiatky*, diminutivo intraducible).

Por otro lado, frente a lo que Perry Anderson (en *The Origins of Postmodernity*) llama la «disneyficación de los protocolos y tarantinización de las prácticas», el «encanallamiento de las clases dominantes actuales»; frente a la amnesia histórica como electricidad estática del presente y la incorporación de los códigos capitalistas de explotación en los cuerpos y lenguajes, se siente nostalgia de aquellas subjetividades capaces de todo por un poco de dignidad, por un *no*, incluso si se enfrentan a un Imperio global.

¿Cómo afrontar el problema de la lucha hoy, en un mundo en el que la violencia solo les es permitida a los de arriba, y en nombre de la democracia? (hace poco leí una noticia



«No es lo mismo leer cómics en el 2007, incluso si se reinventa o reinterpreta una historia de la que solo queda la cáscara, la fascinación, que leer el pasado»

espeluznante: en Afganistán, los americanos han bombardeado una mezquita y su escuela, siguiendo un soplo que decía que había miembros de Al-Qaeda escondidos allí; murieron muchos niños: ¿el comentario oficial? que ése es un ejemplo de cómo Al-Qaeda utiliza mezquitas, escuelas y civiles como escudos humanos).

En Heródoto lo que está claro es que había un doble antagonismo de clases que las lecturas modernas del mito-Esparta borran del mapa. Otra cosa es la representación de un mito, porque no es lo mismo leer cómics en el 2007, incluso si se reinventa o reinterpreta una historia de la que solo queda la cáscara, la fascinación, que leer el pasado. No son lo mismo las *Spartakiáda* que las *spartakiakty*. Los espartanos de 300, los de Miller y Snyder, se dejaron la piel porque no tenían nada que perder. Sería un poco cínico decir lo contrario.

### Bibliografía (en internet)

- Amirian, Nazanín, «Sobre la película 300 – Al servicio de la guerra contra Irán», en *Rebelión*, 3/4/07, <http://www.rebelion.org/>
- Meler, Ezequiel, «El cine encuentra su lugar en la lógica del Imperio», en *Rebelión*, 17/04/07, <http://www.rebelion.org/>
- Zdrálek, Vít, «300: Bitva u Thermopyl aneb White Power at work», en *Britské listy (deník o všem, o čem se v České republice příliš nemluví)*, 18.4.2007, <http://blisty.cz/2007/4/18/art33904.html>
- Žižek, Slavoj, «The True Hollywood Left», 28/05/07, en <http://www.lacan.com/zizhollywood.htm> (y [http://nosubject.com/The\\_True\\_Hollywood\\_Left](http://nosubject.com/The_True_Hollywood_Left))
- Saul (2007), «Žižek on 300», en *Tales of Modernity*, 29/05/07 <http://www.talesofmodernity.com/2007/0529/zizek-on-300/>